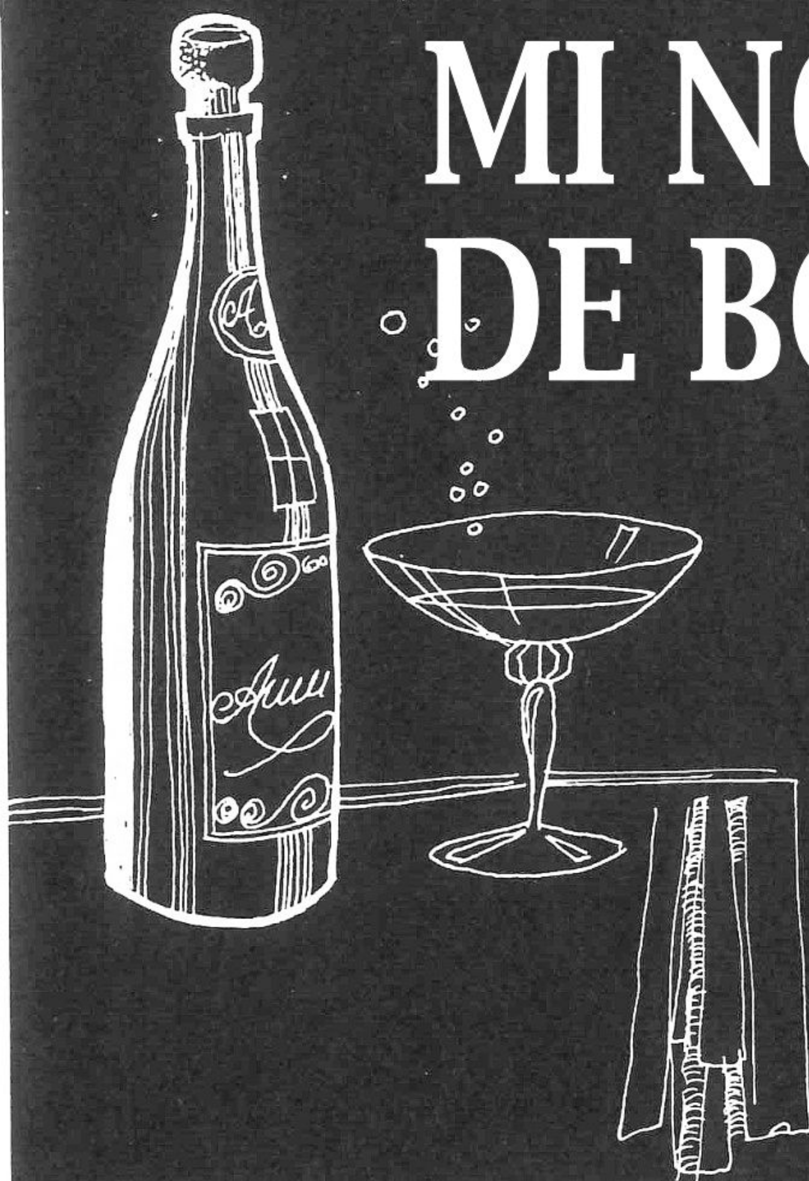
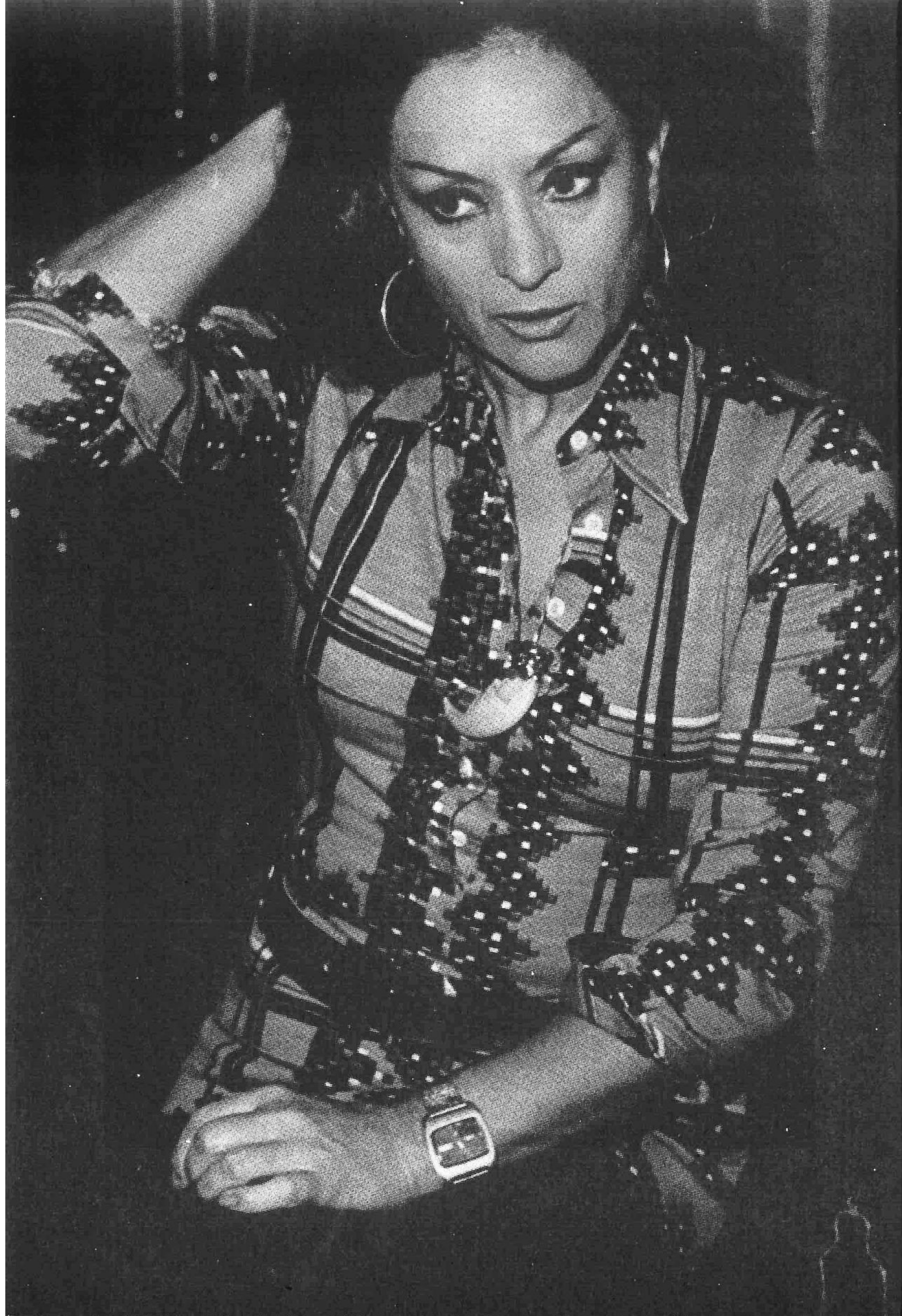
LOLA FLORES

"mi Antonio estuvo muy gracioso"

MI NOCHE DE BODAS





Lola, puntal del flamenco, quinta esencia de la bata de cola, chulapona, vistosa, contundente. Su hegemonía en este difícil arte del rompe y rasga data ya de muchos años. Conoce mundo, conoce maneras. Tiene un tic de dama postulante y un fondo inevitable de plebeya resabiada. Habla como un libro abierto, fuma a escondidas de su suegra; vive con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y vive para sus hijas, que serán, a toda costa, las continuadoras de la dinastía. A Lola el matrimonio le hizo bien: le puso los puntos sobre las íes, la cabeza sobre los hombros. Antonio es un hombre sosegado, paciente, poco hablador. Un hombre a la medida de Lola.

«Mi boda fue en El Escorial, un día de invierno…»

(Pausa.)

«¡Niña! Mira a ver si sabes tú el día y el año de mi boda. ¿El 58? No, creo que no. ¡Niña! Mira en el retrato, que está puesto por detrás. ¡Niña, por Dios!»

Y habla la niña:

— El veintisiete de octubre de 1957.

«Eso es. Me casé un veintisiete de octubre, en El Escorial. Fue a las seis de la mañana, buscamos esa hora para que no hu-

biera tumultos. Resultó precioso. Entramos allí tan normales, y cuando salimos estaba todo nevado, todo blanco. Eramos una veinte personas, algunas de ellas conocidas, como Carmen Sevilla, o Paquita Rico, que fue la madrina. Yo llevaba un vestido gris perla de Asunción Bastida, un vestido midi, y guantes y zapatos de raso. También llevaba una mantilla española muy bonita. El vestido lo guardo aún. Mi hija Lolilla se lo ha probado alguna vez. No, la mantilla la subasté para los pobres. Es que yo he alimentado y alimento a mucha gente... Por eso tengo que trabajar tanto. Y lo que me queda, si Dios me da salud. Como digo, la mantilla se subastó hace algunos años.

Yo estaba muy emocionada el día de la boda. Al almuerzo, que también tuvo lugar en El Escorial, asistieron unas mil personas. Conforme iban llegando, me levantaba, me colocaba la mantilla y me daba una vuelta para que me vieran de novia. La verdad es que estaba elegante, ¿eh?, y no lo digo yo, sino todos los que estaban allí. Cantamos y bailamos toda la tarde y, ya se sabe, una vez metidos en juerga, nunca se encuentra el momento de marchar. Por aquellos días yo actuaba, o rodaba una película, que no lo sé muy bien en este momento. Pero trabajaba, pues, como he dicho antes, mi vida siempre ha estado marcada por el trabajo.

Pasamos la noche de bodas allí mismo, en el hotel. Yo no sentía vergüenza ni apuros, porque no era una niña salida de un colegio de monjas, y además ya había vivido con Antonio. Quiero decir que en este aspecto ya nos conocíamos suficiente. Sin embargo, también es verdad que ese día resultó distinto, más que nada por el respeto a la religión. Estábamos unidos por la mano de Dios y eso era algo muy importante. Nosotros siempre hemos tenido mucho respeto a las cosas de Dios, así que una semana antes de casarnos nos separamos, y cada uno dormía en su casa. Lo hicimos por consideración, por lo que ya he dicho antes, por respeto, sí, por respeto. Una cosa es el amor y otra casarse por

la iglesia. Digo que pasamos la noche en el hotel. Recuerdo que el piso estaba muy limpio y muy resbaladizo. Cuando nos íbamos a la habitación, Antonio me cogió en brazos, al estilo americano. Quiso entonces empujar la puerta con una pierna, resbaló y nos fuimos los dos directamente al suelo. Vicente Parra es testigo. Me dio un ataque de risa tremendo cuando vi a mi Antonio allí tendido y, lo que es peor, con la mantilla por la cara. Porque con el lío a mí se me había caído la mantilla y se quedó enrollada en su cabeza. Mi Antonio con la mantilla puesta, ja, ja, ja. Fue algo que no pude olvidar en toda la noche. Cada vez que lo recordaba, me entraba el ataque de risa. Yo creo que mi marido hasta se picó un poco.

Bueno, lo primero que hice fue desmaquillarme, porque yo nunca en la vida me he metido en la cama sin quitarme el maquillaje, ya pueden ser las seis de la mañana y encontrarme muerta de sueño. Aquel día estrené camisón, naturalmente. Era de color celeste, plisadito y, por cierto, muy molesto. Bebimos champán y brindamos por que nuestro matrimonio durara siempre. Yo creo que nos pusimos serios. Sí, claro, es que la boda de la Lola era algo muy serio, no sólo para nosotros, sino para todo el mundo. Brindamos varias veces. Estuvimos cariñosos los dos. Quizás a mí se me veía más alegre, y a Antonio más preocupado. Estábamos ya unidos para siempre ante Dios y eso, a la vez que le hacía feliz, también le hacía sentir más responsable. Nuestra vida iba a cambiar desde aquel momento; vinieron los hijos, vinieron también los problemas, los desasosiegos, en fin, todo lo que viene en una familia normal.

No pasé vergüenza. Ni miedo, ni nada. En este aspecto, yo no soy nada mojigata. Ya me pueden gastar todas las bromas que quieran, que yo me quedo tan fresca. Sí, la gente siempre dice cosas con picardía, pero a mí ni me iban ni me venían.

A la mañana siguiente nos despertamos pronto. Había que trabajar. Nunca olvidaré mi boda, aquel día tan bonito y tan ne-

vado, aquella fiesta tan grande, y lo guapa que estaba yo con mi vestido gris de encaje. De vez en cuando me gusta mirar las fotos y recordar, recordar…»

Carmen Rigalt

MI NOCHE DE BODAS



SEDMAY EDICIONES

MI NOCHE DE BODAS

Esto de casarse es una vez en la vida mientras no se demuestre lo contrario. La gente nace para casarse, y ya desde su más tierna infancia se echa novios de juguete o, mejor dicho, se los echan los demás, pues los demás, en este país, son unos fanáticos de la parejita. Normalmente, uno se casa con el novio o la novia que no estaban previstos en el guión, o sea, con un desconocido. Los novios pasan por la vida tocándose y descubriéndose, pero el descubrimiento fetén no llega hasta la noche de bodas, acto final de un drama que ha costado sudor, lágrimas, y algún que otro falso espejismo. Las experiencias prematrimoniales, tan modernas ellas, no descubren todos los secretos de la pareja, así que la noche de bodas se convierte en un mal inevitable. Si ya lo dice la Lola Nacional: «Yo no era una novata, había vivido con Antonio, pero una semana antes de casarnos nos separamos, cada uno a su casa, porque el respeto es el respeto y el matrimonio, para nosotros, significa algo muy importante.» Y la noche de bodas llegó, según ella, nueva e impecable: «Toma, como que es distinto, ya te has unido por la mano de Dios. Esa noche cambia todo.»

La noche de bodas, en fin, es una institución gilipoyesca. Te dan el amor servido, y tienes que consumirlo a la fuerza. El matrimonio debería empezar por la noche de bodas, a modo de degustación, y una vez comprobados los resultados, decidirse o no al casorio. Porque, naturalmente, a todas las mujeres no les gustan los maridos con legañas, como tampoco a todos los maridos les gustan las mujeres que roncan por la noche. Entonces, una de dos: o hay degustación o hay divorcio. Pero algo.